

RESÚMENES DE TESIS

VIOLENCIA Y REPRESIÓN. LOS TRABAJADORES CLASISTAS, CÓRDOBA (1969-1976). TESIS DE DOCTORADO. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, 2015. DIRECTOR: DR. PABLO POZZI.

Por **María Laura Ortiz**

Esta tesis se orientó a investigar la emergencia del sindicalismo clasista en perspectiva histórica, analizando sus procesos de cambios y continuidades en el período 1969-1976 en Córdoba. Si bien el sindicalismo clasista se manifestó en distintas provincias argentinas, tuvo un desarrollo excepcional en Córdoba durante el período examinado. Más allá de su surgimiento simultáneo en otros puntos del mundo, la especificidad de este fenómeno tiene que ver con un desarrollo aparentemente espontáneo en un marco de profunda movilización política luego del “Cordobazo” (1969).

En el campo de las Ciencias Sociales, y en especial en el ámbito de la Historia, la clase obrera y sus organizaciones sindicales han sido un eje sustancial en las investigaciones desarrolladas desde principios del siglo XX. Una importante cantidad de trabajos han profundizado el conocimiento de estos temas en la historia argentina reciente. En su mayoría, sostienen que a partir de 1969 se radicalizaron las propuestas políticas en el mundo sindical y que, entre ellas, el “clasismo” fue uno de los fenómenos más representativos. No obstante, al momento de abordarlo, las pesquisas se han focalizado en estudios de caso en los que se describen algunos hechos y sus principales protagonistas. En lo referido a Córdoba, el clasismo pareciera circunscribirse al Sindicato de Trabajadores de FIAT Concord y Materfer (SiTraC y SiTraM) entre 1970 y 1971 y, en segundo término, al del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) entre 1972 y 1974. Estos fueron casos que repercutieron en diversos puntos del país y evidentemente su trascendencia fue posible gracias al éxito en la estrategia de los clasistas para alcanzar la dirección sindical. Sin

embargo, el clasismo fue un fenómeno más amplio y se nutrió de distintas experiencias que surgieron en otros sectores de la industria y los servicios, tales como fábricas mecánicas y metalúrgicas, de vidrio, de calzado, de caucho, en establecimientos lácteos, de la carne, en obras de construcción y en el sector de la sanidad, entre otros. En estos otros casos, los clasistas no llegaron más allá de la conformación de una agrupación sindical o de constituir mayorías en cuerpos de delegados y/o comisiones internas de reclamos o del intento de formar sindicatos paralelos. Allí el acceso a la comisión directiva del sindicato fue un camino vedado por diferentes obstáculos, que dependieron de las prácticas y estatutos de cada sindicato y que también estuvieron condicionados por los diferentes contextos sociopolíticos. La cuestión del clasismo y el sindicalismo combativo ha sido estudiada ampliamente, tanto en el ámbito académico como en el político y en el diverso espacio de las memorias. En su mayoría, las referencias se circunscriben a los casos de mayor repercusión, ya sea por la virulencia de sus medidas de fuerza o por la representatividad de sus principales dirigentes. Otros estudios han hecho foco en los sindicatos que representaban a los trabajadores de los sectores más dinámicos de la economía regional, que eran prácticamente los mismos. Nuestro trabajo, en cambio, partió desde otra perspectiva, buceando en diversas fuentes para rastrear quiénes en aquellos años se referenciaron con el sindicalismo clasista, qué los unía y los diferenciaba, qué cosas les marcaron horizontes y condiciones de posibilidad y cómo analizan aquella experiencia desde el presente. A partir de la incorporación de estas experiencias que aún no habían sido estudiadas, nos preguntamos si no habrían operado otros factores para la emergencia del clasismo, como una resignificación de tradiciones pasadas en nuevas experiencias obreras en un proceso de "acumulación del pasado". A partir de esta hipótesis, esta investigación buscó revalorizar la cultura obrera para comprender el fenómeno clasista. La tesis profundizó el conocimiento de las vinculaciones entre las prácticas sindicales clasistas y la cultura obrera local, reconstruyendo los sentidos de las tradiciones obreras a partir de los aportes de las fuentes orales.

Para el desarrollo de este trabajo se ha indagado en una diversidad de repositorios y centros de documentación con el objetivo de recolectar la mayor cantidad de fuentes posible, buscando indicios que nos permitan reconstruir la experiencia clasista. Se analizaron periódicos de distribución masiva, revistas, publicaciones periódicas, documentos y discursos de archivos sindicales y de partidos políticos, expedientes judiciales y actas notariales, documentos desclasificados de los servicios de inteligencia y documentos estadísticos sobre la producción industrial de Córdoba. Además, se realizaron entrevistas a los protagonistas, cuyos relatos nos abren una ventana a la vida cotidiana de los obreros, sus percepciones y sus costumbres. En esta labor, hemos tomado todas las precauciones metodológicas provistas por el enfoque de la historia oral, considerando al lenguaje, en su expresión oral, como representante de un conjunto de sistemas de significación que no sólo refieren a la individualidad del que está hablando, sino que, sobre todo, representa las redes sociales en las que ese individuo participa.

La definición del fenómeno clasista se fue transformando en la experiencia histórica. Para ello analizamos los factores que ejercieron una determinación a partir de las posibilidades y limitaciones establecidas por la cultura política, que se articulaba en función de la represión del Estado, los empresarios y las cúpulas del movimiento obrero organizado.

Partimos de la hipótesis de que el surgimiento y el desarrollo del clasismo fue el resultado de la conjunción de diversas causas. Por un lado, se conformó a partir de una cultura política local montada sobre las premisas del “cambio de estructuras” que había propuesto la “cultura de la resistencia” en la década anterior y que a partir de 1969 se autodefinió como revolucionaria. En la primera mitad de la década de 1970 cristalizó en una serie de ideas, valores, prácticas, mitos, memorias, en los que el principal protagonista de una revolución hacia el socialismo sería la clase obrera. A su vez, esta cultura revolucionaria fue producto de la acumulación de una serie de tradiciones obreras cuyos valores, creencias e ideas –en especial sobre la utilidad o no de la violencia- se compatibilizaron con el discurso de izquierda. Por otro

lado, la emergencia del clasismo fue posible por una conjunción de políticas represivas del bloque de fuerzas dominantes -constituido por el empresariado, las cúpulas sindicales tradicionales y los elencos gubernamentales que ocupaban instituciones estatales- que fueron percibidas por la masa obrera como injustas y frente a las cuales no hallaron una respuesta activa de parte de sus direcciones sindicales tradicionales. En esas condiciones, se elaboró en las percepciones obreras una relación triádica entre dirigencia sindical tradicional, corrupción e inacción y, por oposición, los movimientos de bases, honestidad y combatividad. Las bases activadas podían identificarse con el clasismo, aunque no en todos los casos estudiados lograron tener una expresión institucional en la dirección del sindicato.

Si bien a partir de 1969 la hegemonía político-cultural se definía a partir de su opción revolucionaria, las ideas reaccionarias pervivieron como un elemento residual en la cultura política. A partir de la nueva coyuntura abierta con el “Navarrazo” en 1974, estos elementos pudieron emerger y poner en funcionamiento una maquinaria institucional y extrainstitucional montada con el fin de organizar un terrorismo de Estado que fue inaugurado en todo el país el 24 de marzo de 1976. La dominación de una cultura reaccionaria a partir de 1974 implicó una profundización de las limitaciones para las expresiones institucionales del clasismo, que a partir de ese momento se comenzó a organizar de manera defensiva.

En esta trayectoria, observamos que el fenómeno clasista en Córdoba reinventó tradiciones obreras propias de su experiencia pasada, pero también incorporó nuevas. Así, la declamación clasista del programa de SiTraC y SiTraM retomó muchos aspectos que ya habían sido planteados en programas de la Confederación General del Trabajo (CGT), tanto los de La Falda de 1957, de Huerta Grande de 1962 y de la CGT de los Argentinos del 1º de mayo 1968 e incluso, proyectándonos hacia atrás en el tiempo, en el de la CGT de 1936. Asimismo, la participación de militantes de partidos políticos de izquierda en la tarea de difundir y multiplicar la movilización de las bases en distintos espacios laborales también era una tradición en las formas de organización obrera. En las décadas anteriores al período abordado,

militantes comunistas, peronistas y radicales, se habían dedicado a esa tarea. En cambio, en los años '70, la organización de movimientos de bases clasistas resurgió primero de manera espontánea y luego merced al activismo y militancia identificada con la "Nueva Izquierda" o izquierda revolucionaria. Al mismo tiempo, el clasismo fue transformando sus prácticas y formas de expresión, incorporando nuevos elementos a las tradiciones obreras, como las "huelgas salvajes", la construcción de redes horizontales de organización de las bases -tanto por dentro como por fuera de las estructuras sindicales, de acuerdo al período y las posibilidades- y la socialización de la base obrera. En ellos se observa la adaptación de sus prácticas a los contextos represivos, que se fueron profundizando a lo largo del período abordado.